

INÉS ARREDONDO

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL / DEPARTAMENTO DE GRABACIONES

DIES ARRIBANDO

YUN YIYA SE REFIJO

EL ARRIBO NACIONAL DE LA UNIÓN DE REFINO

EL UNO DE LOS REFINOS DE LA UNIÓN DE REFINO

PRESENTACIÓN

LOS RELATOS DE INES ARREDONDO

Inés Arredondo obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia 1979 por su libro de relatos *Río subterráneo* (Editorial Joaquín Mortiz, Colección Nueva Narrativa Hispánica), con un jurado integrado por Francisco Zendejas, María Amparo Dávila, Luis Mario Schneider y José Luis González Coiscou, que habían también recibido el premio en años anteriores. En 1965 publicó *La señal*, 14 relatos (Ediciones Era), ahora reeditados por Difusión Cultural de la UNAM. Juan García Ponce se enfrentaba a la dificultad del libro así: "... el problema ante el intento de describirlo no se encuentra en esa diversidad que finalmente se convierte en unidad, la espléndida unidad interior de todos los verdaderos escritores, aquellos que persiguen en verdad sus temas, porque éstos se les presentan como una necesidad ineludible en su relación con el mundo y son los que en realidad los conducen a la expresión y la literatura, sino en el hecho de que la mera descripción no nos entregaría jamás el sentido del libro. Inés Arredondo no se limita a contarnos historias; quiere transmitirnos a través de ellas un determinado sentido de la realidad, una auténtica concepción del mundo, un conocimiento secreto de la relación entre los seres consigo mismos, con los demás y con las cosas. En sus cuentos, el argumento, por otra parte desarrollado siempre con una espléndida lucidez, que se traduce en la naturaleza radiante, dolorosa de su estilo, no es nunca el fin, sino el medio del que se vale el artista para hacer encarnar sus temas. Esto no quiere decir que la autora ilustre ideas, lo que sería diferente y sin duda no la conduciría jamás a alcanzar ese nivel del verdadero arte en el que parece moverse con tanta facilidad, sino que ve, de una manera natural, como artista, en cada acción no sólo un puro acontecer, sino un sentido secreto que se encuentra en la misma esencia de los personajes y sucesos que, por esto, pueden revelárnoslo. Son ellos los que nos conducen al tema; pero el tema *está* en ellos cuando el artista los enfrenta con el poder desentrañador de su mirada."

En mi reseña coetánea decía yo que Inés Arredondo "no vende la anécdota, sino que la ofrece como un enigma cerrado en sí mismo; antes que nada le interesa que sea capaz de hacer ver al lector el momento central, y no es precisamente el punto del clímax, en que sus personajes —tú, yo, cualquiera— se ven atrapados por su destino y *significan* algo... en la ambigüedad que imbrica el bien y el mal, con la presencia de un algo trascendente cuyos signos se manifiestan sutilmente. Las historias se desarrollan, unas en un am-

por *Huberto Batis*

biente ciudadano, confuso, promiscuo, irredento; otras en escenarios utópicos, cercanos al paraíso perdido por la Pareja amorosa. La descripción de la atmósfera física y espiritual, en contrapunto o en armonía simultánea, alcanza una excelencia rara vez lograda en nuestras letras por su economía de elementos y de símbolos, por su madurez en el manejo de los tópicos del mito de la pareja. Todo lector, enfrentado a una literatura abierta a la interpretación eventual, está sin embargo encadenado por las reglas del juego del escritor. En el caso de Inés Arredondo, advierte ella claramente que intenta ordenar en su literatura los datos inconexos de las historias que recrea, y obligar a los hechos a existir de un modo absoluto, intemporal. De esta manera, logra rescatar del devenir lo que desaparece antes de que lo hayamos mirado bien. En el relato que da nombre al libro ("La señal"), un hombre que sólo cree con tibieza, 'lo suficiente para vivir', entra a una iglesia a descansar de sí mismo, de su desesperación y, paradójicamente, también de su esperanza. El que alguien, conforme a los ritos cristianos de la semana de Pasión, le pida permiso para descalzarlo y le bese los pies y lo estigmatice para siempre con tal 'desolada redención', no significa de ninguna manera que el agonista logre descubrir el significado de la señal, lo cual precisamente podría ser la clave para que nos expliquemos por qué ha sido escogido ese relato para llevar el nombre del libro, o para darle su nombre, que es lo mismo. No siempre son reconocidas las señales, y también no siempre, aunque las reconocamos, sabemos qué quieren decir. Pero una cosa está clara: hay hombres escogidos para ser marcados por una señal. Y si los signos son confusos para el señalado, para nosotros que los contemplamos en compañía de la relatora los significados saltan perfectamente determinados. No hay fallas de cálculo o equívocos. Los personajes se nos ofrecen como seres de una naturaleza original, casi privilegiada, dignos, por tanto, de la más implacable contemplación".

En "La Sunamita" el relato que ha sido elegido para que su autora lo grave en este disco de Voz Viva de México, colección de la UNAM, el momento de la señal ocurre cuando la joven se da cuenta, una vez que se ha casado *in articulo mortis* con el viejo, que con su aliento, acompasado voluntariamente al ritmo del del moribundo, ha prolongado la vida del enfermo y arruinado o enfermado la suya propia. Ese momento, subrayado además con aquel amanecer engañoso que ilumina la flor que se despetala, hace que la joven, renovada Sunamita de un eterno David, comprenda que ha sido atrapada, usada, vampirizada, mucho antes que el viejo tío pre-

tenda hacer valer también sus derechos de marido echándole (literalmente) mano. Y sin embargo no es este hecho en sí, con todo lo que tiene de asqueroso y macabro, lo que interesa a la escritora, sino averiguar, discernir por qué la lujuria del anciano, que va milagrosamente a prolongarle la existencia, *mancha* de una manera definitiva a la mujer. Una mancha que no se refiere a lo moral, a lo social digamos (hay matrimonio de por medio con todas las de la ley), sino a la integridad, a la pureza de la joven, que aceptó inocente al viejo —a pesar y con todo y su repugnancia— por cariño, y no —como un lector grueso querría creerlo— por heredarlo, por sus joyas (claramente dice ella que no las quiere si ha de ser al precio de recibir junto con ellas *siquiera* los recuerdos, las historias familiares que evocan). “La Sunamita” fue filmada por Héctor Mendoza para el Concurso de Cine Experimental en 1966; las reacciones del público hicieron ver qué fácil era equivocarse con esta escritora; suele verse en “La Sunamita” un relato lúbrico, que escamotea la potencia o impotencia del viejo, que hace ver a la joven como interesada en su fortuna y que por tanto, recibe el castigo de su codicia, conforme a la justicia poética más aristotélica. No, lo que menos tienen los relatos de Inés Arredondo es este tipo de moralina. *La señal* es un libro abierto a una pluralidad de lecturas y nada nos impide regresar a la primera página para cobrar conciencia de que estamos ante significaciones posteriores a la ejemplarización anecdótica, y no ante una moral anterior al caso en cuestión, supeditada (a lo maniqueo) al bien y al mal, sin traslapes, confusiones o ambigüedades. En *La señal* Inés Arredondo enfrentaba (como ha seguido haciéndolo en los relatos posteriores, hoy coleccionados tan tardíamente, porque la escritora ha trabajado en medio de la enfermedad, en el volumen *Río subterráneo*, cuyo cuento principal, que da nombre y rumbo al libro entero, se publicó en la Revista de Bellas Artes en su número 34-36, julio-diciembre de 1970), enfrentaba, digo, la realidad, ese gran misterio, ese incognoscible, sin hipótesis previas, en busca de su espíritu, el cual había de *deducirse*.

Así, en el cuento “Estío”, una historia de incesto de primer grado (Yocasta), aunque “la ignorancia no hace inocente” a la madre porque abraza al amigo de su hijo (pues en las sombras lo creyó el esperado), se preserva de una manera heterodoxa la inocencia del amado a costa de la humillación y la desdicha del que fue aceptado en su lugar, sin que ello dicte una fulminante condena, como tampoco exculpación. En “El membrillo”, el culpable es el hombre, condenado a “la debilidad masculina”, al cual empero, porque se hace simpático (lo que importaba es que quería hacerse perdonar), la mujer lo redime milagrosamente, aceptándolo sin reservas y defendiéndolo de la tentación claramente simbolizada, y vista por el personaje en su sentido profundo, en el ofrecimiento que hace la tercera en discordia del fruto placentero. “Olga”, en cambio es la culpable femenina, esa triste caída de las mujeres que se portan como “chiquillas vulgares”, lo que quiere decir que reniegan del mundo de perfección creado *con el otro*. Sólo que aquí también el otro —porque no supo preservarla, porque se entregó a la ira, porque no atinó a arrancarla de los lazos de una sociedad que acostumbra *colocar, vender* a sus hijas envueltas en la honorabilidad (sin raptos, o lo que es lo mismo conforme a las reglas), una sociedad que no sabe esperar a la maduración de los jóvenes, a la realización y completud del amor primero—, el otro también pierde el paraíso y el sol (“columna vertebral que lo sostiene todo”) se niega a calentarlos. No será capaz de matar a la que ya no será ni de él ni de nadie; se le seca el alma, y ante la herida de lo doble, de lo ambiguo, sólo le quedará —en cuanto ya no tiene adónde ni a quién ir— esperar la señal... que ya no vendrá al mundo de la irrealidad en que nos sumerge la pérdida del amor. Podría decirse que en estos cuentos la verdad vendría a ser precisamente el amor, que

junto con ser “realizador podría también considerarse centro del propio ser, hallazgo del propio lugar en la vida”.

En la “solapa” de presentación del libro primero, *La señal*, que Inés Arredondo me honró en pedirme (como también la del segundo y la de este disco), decía yo que “relata, con destellos de una angustia total, la perdición de la Pareja, que pudo habitar ‘algo muy parecido al Paraíso Terrenal’, vivir libremente un mundo milagroso de gratuita perfección, y alcanzar una plenitud natural que, porque les pareció interminable, engañosamente no la aceptaron necesitada de porvenir. Así, Él y Ella tropiezan con el mundo imperfecto y difícil, y perciben lo irreal de su felicidad. Saben entonces del bien y del mal, descubren que ‘el amor no tiene un solo rostro’ y encuentran la culpa. La Pareja, de múltiples nombres y relaciones, va a saber de los tentadores y de la caída, y a partir del mal va a intentar —unas veces con éxito, casi siempre con fracaso— alcanzar la redención, o al menos, el bien del otro”.

Antes de intentar asomarse al sentido del segundo libro, *Río subterráneo*, conviene recordar que para Platón, “el amor se dirige hacia la belleza, que no es otra cosa que el anuncio o aponfansis (aparición, manifestación) del bien”. Para los antiguos, incluídos los hebreos, el bien nos viene siempre de otro, y nadie es invadido por el amor si no ha sido primeramente conmocionado por el goce de la belleza. El Romanticismo supo recoger el simbolismo helénico; pero enfermo, en cuanto cristiano, de absoluto y, en cuanto idealista, de infinito, no supo apagar su exaltación, encontrar su paz en otras formas sensibles que no fueran las artísticas, prefiriendo toda exigencia moral o conciencia del deber ser. El amor supremo es así, el amor entre pares, entre iguales, que viven el uno para el otro. La unidad perfecta, la coparticipación, sólo puede darse en la renuncia de sí mismo para encontrar la plenitud del ser pareja, dos en uno. Ahora bien, esta metafísica sentida o imaginada pretendía conseguir encarnación al espíritu, en su perenne tendencia a lo ilimitado; el secreto —si toda forma de amor como éste está destinada al fracaso por los perturbadores afectos a que casi siempre conduce —era descubrir una unión en que lo sensual y lo espiritual se entrelazan limitándose en sus pretensiones uno al otro. La conciencia de la unidad con el otro se afirma como renuncia al propio ser, como olvido en el otro para reencontrarse y verdaderamente poseerse. En el placer carnal, simple “liberación de la necesidad”, según Kant, no podía encontrarse lo que en el arte, desinteresadamente, quedaba al alcance: el juego que subordina la naturaleza gozosamente, un juego formal, placentero por sí mismo, sin otra finalidad. En el arte el hombre puede unir lo que la Naturaleza separó, o separar lo que Natura unió. Este arte es una forma de conocimiento, un auténtico salto mortal en busca de la verdad, desvinculada del aprendizaje biológico y de la realidad. Sólo en esto admitió Nietzsche el carácter práctico del arte, que no es otra cosa que voluntad de dominio, deseo de vida intensificada, exaltación del sentimiento de plenitud que sólo por engaño (embriaguez de los sentidos) puede sentirse. El artista crea su mundo como planteamiento y resolución del encuentro del hombre y de la Naturaleza, plenitud del ser, armonía...

En una nueva docena de relatos (*Río subterráneo*) profundiza Inés Arredondo en el problema metafísico del mal como un no-ser, que resulta correlativo del bien, como una especie de contraste interno del ser mismo, como su disidencia. En este sentido su pensar, enfrentado a la dialéctica amorosa de la lucha del Espíritu con Natura, se presenta como estoico pues acepta la presencia del mal como necesario para el orden y economía del universo. En el cuento “Atrapada” el pecado de exceso, clásico por antonomasia (hibris), resulta sagrado: “es lo que inflama hasta la enormidad al grano, en apariencia inocente, que produce la tragedia”; ahí la escritora aven-

tura el supuesto de una disyuntiva entre pureza e inteligencia en el enfrentamiento del mal, al que se teme precisamente por deseado. El ser en pureza y en plenitud se opone a una supuesta "autenticidad", valor masculino ("nadie debe depender de nadie"), a la que se corresponde una "no resistencia al mal", especie de esponja que lo absorbe sin rechazarlo para no devolverlo al mundo, única arma aniquiladora femenina capaz de digerirlo.

La única posibilidad de que este enfrentamiento victorioso se dé es que ocurra fuera de la realidad, en el mundo de los seres de "Río subterráneo", donde la Naturaleza acecha afuera del "pequeño orden" en que se busca sólo "lo que está al otro lado del límite". En el momento eterno de la locura, como en el arte, se da "una comprensión contaminada y carnal", en los seres enamorados, en los "hechos pedazos", especie de deshollados metafísicos que sin dudas ni remordimientos confunden ya "esa misma cosa que son el cielo y el infierno". ¿Indiferencia por ascetismo? Más bien repudio de la injusticia "que nos toca vivir": la lascivia del burócrata que va a tomar el camión junto a la bella adolescente, cuyo muslo de carne dura apenas si es ya contaminado ante el roce del rencor ("2 de la tarde"). El despojo de lo más propio, la tierra, los hijos, la casa, que es mejor quemar en una pasividad de opio ("Las palabras silenciosas"). Los cadáveres, tan abundantes que ya resultan intercambiables, pues lo mismo da la cárcel política ("Los inocentes"), la guerrilla ("Las muertes"), los acribillados de la urbe, que los revolucionarios grabados en la memoria ("En Londres"). "Había mucha sangre que contener en mi patria y en todas partes" —dirá la exiliada mexicana al tiempo que logra borrar los surcos de una ajena frente extrañamente familiar. Entonces la mirada de un negro, penetrando hasta el fondo, puede contener las lágrimas de la autoconmiseración ("Año nuevo"). Todo fuera del tiempo, el único imbatible, el maléfico ("En la sombra").

Pero quedan por nombrar los símbolos de nuestro tiempo, la enfermedad, la traición, el abandono: lo que queda de un ser mutilado de las extremidades, incontinente, bañado en los propios excrementos, paralizado ("Orfandad"); lo que se padece en el delirio poblado de ratas de albañal que trepan a la cama, que rasguñan, que muerden el sexo ("Apunte gótico"); todo lo que lleva a la *exasperación*, quizá la palabra que mejor convenga a esta corrupción, desvirtuación de la alegría que es la vida actual fuera del paraíso mítico de la inocente infancia perdida. Inés Arredondo contempla este mundo como un monstruo híbrido de "crueldad y exquisitez", en el que lo único que se pretende ya es "estar fuera de peligro".

Un relato en particular hace la *liaison* entre *Río subterráneo* y *La señal*: se llama "Las mariposas nocturnas", y como una especie de legado la escritora lo ha dedicado a sus hijos. Es la descripción

de un mundo prohibido, de Eldorado de la fábula, lujosa y sensual. Con una prosa estricta, sintética, en que cada palabra está puesta con la mayor carga evocadora posible, Inés Arredondo concentra lo que en *La señal* quedaba disperso, en cuanto aprovechado como escenario múltiple. Juan García Ponce lo vio, como sólo él sabe ver inmejorablemente: "Inés Arredondo sitúa gran parte de sus cuentos en un lugar que no necesita situarse geográficamente, pero cuyos elementos esenciales reaparecen una y otra vez no sólo como escenario físico, sino como expresión en sí y por sí mismo de un mundo. Y éste es un mundo esencialmente solar, dueño de una luz cuyo reflejo intensifica todas las acciones. Es un mundo de huertas umbrosas que terminan en un río, de color, de un mar con agua fría y de arena sobre la que brilla, deslumbrante, el sol. Los personajes se proyectan contra él, en él y la luz preside todo, encima de ellos. Y de alguna manera, sin determinarlos, ese mundo los crea, como si sólo dentro de él sus acciones pudieran entregarnos su verdadero sentido, aquel que obsesiona a la autora y le sirve para ver realmente ese mundo. Dentro de él las acciones adquieren una rara intensidad, parecen desarrollarse fuera del tiempo, en un escenario eterno, como símbolos de la existencia y del maravilloso drama de estar vivo y ser víctima y héroe de las fuerzas ocultas que hacen posible el milagro y le dan su verdadero sentido". Esa visión "mediterránea" y ese estilo atávico, en consonancia con una indagación cruel en la psique de sus personajes, está presente en los grandes cuentos de *La señal*: "El árbol", "Estar vivo", "El amigo", "La casa de los espejos" y, sobre todo en "Mariana", un relato intenso que pasará a la historia, encarnizado análisis de la pasión destructiva, de "La necesidad inacabable de posesión" que puede empujar a buscar a uno en el cuerpo de otro por —precisamente— fidelidad. Caso límite en esta literatura sin axiomas apriorísticos, en que sólo triunfa, en la disputa amorosa, el más apto para entregarse, aunque más lo parezca el que, por reservarse, no se da del todo. (Juan Guerrero filmó en 1967 esta "Mariana", guión de Inés Arredondo y Juan García Ponce).

Un enorme río turbulento de pasiones corre al mar de la quietud; atrás queda la angustia y se alcanza la paz: "La paz de un estuario, de un majestuoso transcurrir hacia la profundidad estática; no balbucir más, cantar por un momento antes de entrar en la inmensidad, en el eterno canto, en el ritmo acompasado y eterno. Ir perdiendo por las orillas el furor del origen, calmarse junto a los álamos callados, al lamer la tierra firme, y dejarla, apenas habiéndola tocado, para lograr el canto último, el susurro imponente del último momento, cuando el sol sea un igual, el enemigo apaciguado del agua inmensa que se rige a sí misma", como con estilo inmejorable habla Inés Arredondo del premio de dulce quietud que nos espera a todos al final.

TEXTOS

CARA I LA SUNAMITA
Duración:
16' 40"

Y buscaron una moza hermosa por todo el término de Israel, y hallaron a Abisag Sunamita, y trajéronla al rey. Y la moza era hermosa, la cual calentaba al rey, y le servía: mas el rey nunca la conoció.

Reyes I, 3-4.

Aquél fue un verano abrasador. El último de mi juventud.

Tensa, concentrada en el desafío que precede a la combustión, la ciudad ardía en una sola llama reseca y deslumbrante. En el centro de la llama estaba yo, vestida de negro, orgullosa, alimentando el fuego con mis cabellos rubios, sola. Las miradas de los hombres resbalaban por mi cuerpo sin mancharlo y mi altivo recato obligaba al saludo deferente. Estaba segura de tener el poder de domeñar las pasiones, de purificarlo todo en el aire encendido que me cercaba y no me consumía.

Nada cambió cuando recibí el telegrama; la tristeza que me trajo no afectaba en absoluto la manera de sentirme en el mundo: mi tío Apolonio se moría a los setenta y tantos años de edad; quería verme por última vez puesto que yo había vivido en su casa como una hija durante mucho tiempo, y yo sentía un sincero dolor ante aquella muerte inevitable. Todo esto era perfectamente normal, y ningún estremecimiento, ningún augurio me hizo sospechar nada. Hice los rápidos preparativos para el viaje en aquel mismo centro intocable en que me envolvía el verano estático.

Llegué al pueblo a la hora de la siesta.

Caminando por las calles solitarias con mi pequeño veliz en la mano, fui cayendo en el entresueño privado de realidad y de tiempo que da el calor excesivo. No, no recordaba, vivía a medias, como entonces. "Mira, Licha, están floreciendo las amapas." La voz clara, casi infantil. "Para el dieciséis quiero que te hagas un vestido como el de Margarita Ibarra." La oía, la sentía caminar a mi lado, un poco encorvada, ligera a pesar de su gordura, alegre y vieja; yo seguía adelante con los ojos entrecerrados, atesorando mi vaga, tierna angustia, dulcemente sometida a la compañía de mi tía Panchita, la hermana de mi madre.— "Bueno, hija, si Pepe no te gusta... pero no es un mal muchacho."— Sí, había dicho eso justamente aquí,

por Inés Arredondo

frente a la ventana de la Tichi Valenzuela, con aquel gozo suyo, inocente y maligno. Caminé un poco más, nublados ya los ladrillos de la acera, y cuando las campanadas resonaron pesadas y reales, dando por terminada la siesta y llamando al rosario, abrí los ojos y miré verdaderamente el pueblo: era otro, las amapas no habían florecido y yo estaba llorando, con mi vestido de luto, delante de la casa de mi tío.

El zaguán se encontraba abierto, como siempre, y en el fondo del patio estaba la bugambilia. Como siempre. Pero no igual. Me sequé las lágrimas y no sentí que llegaba, sino que me despedía. Las cosas aparecían inmóviles, como en el recuerdo, y el calor y el silencio lo marchitaban todo. Mis pasos resonaron desconocidos, y María salió a mi encuentro.

—¿Por qué no avisaste? Hubiéramos mandado.....

Fuimos directamente a la habitación del enfermo. Al entrar casi sentí frío. El silencio y la penumbra precedían a la muerte.

—Luisa, ¿eres tú?

Aquella voz cariñosa se iba haciendo queda y pronto enmudecía del todo.

—Aquí estoy, tío.

—Bendito sea Dios, ya no me moriré solo.

—No diga eso, pronto se va a aliviar.

Sonrió tristemente; sabía que le estaba mintiendo, pero no quería hacerme llorar.

—Sí, hija, sí. Ahora descansa, toma posesión de la casa y luego ven a acompañarme. Voy a tratar de dormir un poco.

Más pequeño que antes, enjuto, sin dientes, perdido en la cama enorme y sobrenadando sin sentido en lo poco que le quedaba de vida, atormentaba como algo superfluo, fuera de lugar, igual que tantos moribundos. Esto se hacía evidente al salir al corredor caldeado y respirar hondamente, por instinto, la luz y el aire.

Comencé a cuidarlo y a sentirme contenta de hacerlo. La casa era *mi* casa y muchas mañanas al arreglarla tarareaba olvidadas canciones. La calma que me rodeaba venía tal vez de que mi tío ya no esperaba la muerte como una cosa inminente y terrible, sino que se abandonaba a los días, a un futuro más o menos corto o largo, con una dulzura inconsciente de niño. Repasaba con gusto su vida y se complacía en la ilusión de dejar en mí sus imágenes, como hacen los abuelos con sus nietos.

—Tráeme el cofrecito ese que hay en el ropero grande. Sí, ése. La llave está debajo de la carpeta, junto a San Antonio, tráela también.

Y revivían sus ojos hundidos a la vista de sus tesoros.

—Mira, este collar se lo regalé a tu tía cuando cumplimos diez años de casados, lo compré en Mazatlán a un joyero polaco que me contó no sé qué cuentos de princesas austriacas y me lo vendió bien caro. Lo traje escondido en la funda de mi pistola y no dormí un minuto en la diligencia por miedo a que me lo robaran...

La luz del sol poniente hizo centellear las piedras jóvenes y vivas en sus manos esclerosadas.

—... este anillo de montura tan antigua era de mi madre, fíjate bien en la miniatura que hay en la sala y verás que lo tiene puesto. La prima Begoña murmuraba a sus espaldas que un novio...

Volvían a hablar, a respirar aquellas señoras de los retratos a quienes él había visto, tocado. Yo las imaginaba, y me parecía entender el sentido de las alhajas de familia.

—¿Te he contado de cuando fuimos a Europa en 1908, antes de la Revolución? Había que ir en barco a Colima... y en Venecia tu tía Panchita se encaprichó con estos aretes. Eran demasiado caros y se lo dije: "Son para una reina"... Al día siguiente se los compré. Tú no te lo puedes imaginar porque cuando naciste ya hacía mucho de esto, pero entonces, en 1908, cuando estuvimos en Venecia, tu tía era tan joven, tan...

—Tío, se fatiga demasiado, descanse.

—Tienes razón, estoy cansado. Déjame solo un rato y llévate el cofre a tu cuarto, es tuyo.

—Pero tío...

—Todo es tuyo ¡y se acabó!... Regalo lo que me da la gana.

Su voz se quebró en un sollozo terrible: la ilusión se desvanecía, y se encontraba de nuevo a punto de morir, en el momento de despedirse de sus cosas más queridas. Se dio vuelta en la cama y me dejó con la caja en las manos sin saber qué hacer.

Otras veces me hablaba del "año del hambre", del "año del maíz amarillo", de la peste, y me contaba historias muy antiguas de asesinos y aparecidos. Alguna vez hasta canturreó un corrido de su juventud que se hizo pedazos en su voz cascada. Pero me iba heredando su vida, estaba contento.

El médico decía que sí, que veía una mejoría, pero que no había que hacerse ilusiones, no tenía remedio, todo era cuestión de días más o menos.

Una tarde oscurecida por nubarrones amenazantes, cuando estaba recogiendo la ropa tendida en el patio, oí el grito de María. Me quedé quieta, escuchando aquel grito como un trueno, el primero de la tormenta. Después el silencio, y yo sola en el patio, inmóvil. Una abeja pasó zumbando y la lluvia no se desencadenó. Nadie sabe como yo lo terrible que son los presagios que se quedan suspensos sobre una cabeza vuelta al cielo.

—Lichita, ¡se muere! ¡está boqueando!

—Vete a buscar al médico... ¡No! Iré yo... llama a doña Clara para que te acompañe mientras vuelvo.

—Y el padre... Tráete al padre.

Salí corriendo, huyendo de aquel momento insoportable, de aquella inminencia sorda y asfixiante. Fui, vine regresé a la casa, serví café, recibí a los parientes que empezaron a llegar ya medio vestidos de luto, encargué velas, pedí reliquias, continué huyendo enloquecida para no cumplir con el único deber que en ese momento tenía: estar junto a mi tío. Interrogué al médico: le había puesto una inyección por no dejar, todo era inútil ya. Vi llegar al señor cura con el Viático, pero ni entonces tuve fuerzas para entrar. Sabía que después tendría remordimientos —*Bendito sea Dios, ya no me moriré*

solo— pero no podía. Me tapé la cara con las manos y empecé a rezar.

Vino el señor cura y me tocó en el hombro. Creí que todo había terminado y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Te llama. Entra.

No sé como llegué hasta el umbral. Era ya de noche y la habitación iluminada por una lámpara veladora parecía enorme. Los muebles, agigantados, sombríos, y un aire extraño estancado en torno a la cama. La piel se me erizó, por los poros respiraba el horror a todo aquello, a la muerte.

—Acércate— dijo el sacerdote.

Obedecí yendo hasta los pies de la cama, sin atreverme a mirar ni las sábanas.

—Es la voluntad de tu tío, si no tienes algo que oponer, casarse contigo *in articulo mortis*, con la intención de que heredes sus bienes. ¿Aceptas?

Ahogué un grito de terror. Abrí los ojos como para abarcar todo el espanto que aquel cuarto encerraba. "¿Por qué me quiere arrastrar a la tumba?"... Sentí que la muerte rozaba mi propia carne.

—Luisa...

Era don Apolonio. Tuve que mirarlo: casi no podía articular las sílabas, tenía la quijada caída y hablaba moviéndola como un muñeco de ventrílocuo.

—...por favor.

Y calló, extenuado.

No podía más. Salí de la habitación. Aquél no era mi tío, no se le parecía... Heredarme, sí pero no los bienes solamente, las historias, la vida... Yo no quería nada, su vida, su muerte. No quería. Cuando abrí los ojos estaba en el patio y el cielo seguía encapotado. Respiré profundamente, dolorosamente.

—¿Ya?... —Se acercaron a preguntarme los parientes, al verme tan descompuesta.

Yo moví la cabeza, negando. A mi espalda habló el sacerdote.

—Don Apolonio quiere casarse con ella en el último momento, para heredarla.

—¿Y tú no quieres? —preguntó ansiosamente la vieja criada.

—No seas tonta, sólo tú te lo mereces. Fuiste una hija para ellos y te has matado cuidándolo. Si no te casas, los sobrinos de México no te van a dar nada. ¡No seas tonta!

—Es una delicadeza de su parte...

—Y luego te quedas viuda y rica y tan virgen como ahora —rio nerviosamente una prima jovencilla y pizpireta.

—La fortuna es considerable, y yo, como tío lejano tuyo, te aconsejaría que...

—Pensándolo bien, el no aceptar es una falta de caridad y de humildad.

"Eso es verdad, eso sí que es verdad." No quería darle un último gusto al viejo, un gusto que después de todo debía agradecer, porque mi cuerpo joven, del que en el fondo estaba tan satisfecha, no tuviera ninguna clase de vínculos con la muerte. Me vinieron náuseas y fue el último pensamiento claro que tuve esa noche. Desperté como de un sopor hipnótico cuando me obligaron a tomar la mano cubierta de sudor frío. Me vino otra arcada, pero dije "Sí".

Recordaba vagamente que me habían cercado todo el tiempo, que todos hablaban a la vez, que me llevaban, me traían, me hacían firmar, y responder. La sensación que de esa noche me quedó para siempre fue la de una maléfica ronda que giraba vertiginosamente en torno mío y reía, grotesca, cantando

yo soy la viudita que manda la ley

y yo en medio era una esclava. Sufría y no podía levantar la cara al cielo.

Cuando me di cuenta, todo había pasado, y en mi mano brillaba

el anillo torzal que vi tantas veces en el anular de mi tía Panchita: no había habido tiempo para otra cosa.

Todos empezaron a irse.

—Si me necesita, llámeme. Dele mientras tanto las gotas cada seis horas.

—Que Dios te bendiga y te dé fuerzas.

—Feliz noche de bodas —susurró a mi oído con una risita mezquina la prima jovencita.

Volví junto al enfermo. “Nada ha cambiado, nada ha cambiado.” Por lo menos mi miedo no había cambiado. Convencí a María de que se quedara conmigo a velar a don Apolonio, y sólo recobré el control de mis nervios cuando vi que amanecía. Había empezado a llover, pero sin rayos, sin tormenta, quedamente.

CARA II
Duración:
14' 18"

Continuó lloviznando todo el día, y el otro, y el otro aún. Cuatro días de agonía. No teníamos apenas más visitas que las del médico y el señor cura; en días así nadie sale de su casa, todos se recogen y esperan a que la vida vuelva a comenzar. Son días espirituales, casi sagrados.

Si cuando menos el enfermo hubiera necesitado muchos cuidados mis horas hubieran sido menos largas, pero lo que se podía hacer por aquel cuerpo aletargado era bien poco.

La cuarta noche María se acostó en una pieza próxima y me quedé a solas con el moribundo. Oía la lluvia monótona y rezaba sin conciencia de lo que decía, adormilada y sin miedo, esperando. Los dedos se me fueron aquietando, poniendo morosos sobre las cuentas del rosario, y al acariciarlas sentía que por las yemas me entra ese calor ajeno y propio que vamos dejando en las cosas y que nos es devuelto transformado: compañero, hermano que nos anticipa la dulce tibieza *del otro*, desconocida y sabida, nunca sentida y que habita en la médula de nuestros huesos. Suavemente, con delicia, distendidos los nervios, liviana la carne, fui cayendo en el sueño.

Debo haber dormido muchas horas: era la madrugada cuando desperté; me di cuenta porque las luces estaban apagadas y la planta eléctrica deja de funcionar a las dos de la mañana. La habitación, apenas iluminada por la lámpara de aceite que ardía sobre la cómoda a los pies de la Virgen, me recordó la noche de la boda, de *mi* boda Hacía mucho tiempo de eso, una eternidad vacía.

Desde el fondo de la penumbra llegó hasta mí la respiración fatigosa y quebrada de don Apolonio. Ahí estaba todavía, pero no él, el despojo persistente e incomprensible que se obstinaba en seguir aquí sin finalidad, sin motivo aparente alguno. La muerte da miedo, pero la vida mezclada, imbuida en la muerte, da un horror que tiene muy poco que ver con la muerte y con la vida. El silencio, la corrupción, el hedor, la deformación monstruosa, la desaparición final, eso es doloroso, pero llega a un clímax y luego va cediendo, se va diluyendo en la tierra, en el recuerdo, en la historia. Y esto no, el pacto terrible entre la vida y la muerte que se manifestaba en ese estertor inútil, podía continuar eternamente. Lo oía raspar la garganta insensible y se me ocurrió que no era aire lo que entraba en aquel cuerpo, o más bien que no era un cuerpo humano el que lo aspiraba y lo expelía; se trataba de una máquina que resoplaba y hacía pausas caprichosas por juego, para matar el tiempo sin fin. No había allí un ser humano, alguien jugaba con aquel ronquido. Y el horror contra el que nada pude me conquistó: empecé a respirar al ritmo entrecortado de los estertores, respirar, cortar de pronto, ahogarme, respirar, ahogarme . . . sin poderme ya detener, hasta que me di cuenta de que me había engañado en cuanto al sentido que tenía el juego, porque lo que en realidad sentía era el sufrimiento y la asfixia de un moribundo. De todos modos, seguí, seguí, hasta que no quedó más que un solo respirar, un solo aliento inhumano, una sola agonía. Me sentí más tranquila, aterrada pero

tranquila: había quitado la barrera, podía abandonarme simplemente y esperar el final común. Me pareció que con mi abandono, con mi alianza incondicional, *aquello* se resolvería con rapidez, no podría continuar, habría cumplido su finalidad y su búsqueda persistente en el vacío.

Ni una despedida, ni un destello de piedad hacia mí. Continué el juego mortal largamente, desde un lugar donde el tiempo no importaba ya.

La respiración común se fue haciendo más regular, más calmada, aunque también más débil. Me pareció regresar. Pero estaba tan cansada que no podía moverme, sentía el letargo definitivamente anidado dentro de mi cuerpo. Abrí los ojos. Todo estaba igual.

No. Lejos, en la sombra, hay una rosa; sola, única y viva. Está ahí, recortada, nítida, con sus pétalos carnosos y leves, resplandeciente. Es una presencia hermosa y simple. La miro y mi mano se mueve y recuerda su contacto y la acción sencilla de ponerla en el vaso. La miré entonces, ahora la conozco. Me muevo un poco, parpadeo, y ella sigue ahí, plena, igual a sí misma.

Respiro libremente con mi propia respiración. Rezo, recuerdo, dormito, y la rosa intacta monta la guardia de la luz y del secreto. La muerte y la esperanza se transforman.

Pero ahora comienza a amanecer y en el cielo limpio veo, ¡al fin!, que los días de lluvia han terminado. Me quedo largo rato contemplando por la ventana cómo cambia todo al nacer el sol. Un rayo poderoso entra y la agonía me parece una mentira; un gozo injustificado me llena los pulmones y sin querer sonrío. Me vuelvo a la rosa como a una cómplice, pero no la encuentro: el sol la ha marchitado.

Volvieron los días luminosos, el calor enervante; las gentes trabajaban, cantaban, pero don Apolonio no se moría, antes bien parecía mejorar. Yo lo seguía cuidando, pero ya sin alegría, con los ojos bajos y descargando en el esmero por servirlo toda mi abnegación remordida y exacerbada: lo que deseaba, ya con toda claridad, era que aquello terminara pronto, que se muriera de una vez. El miedo, el horror que me producían su vista, su contacto, su voz, eran injustificados, porque el lazo que nos unía no era real, no podía serlo, y sin embargo yo lo sentía sobre mí como un peso, y a fuerza de bondad y de remordimientos quería desembarazarme de él.

Sí, don Apolonio mejoraba a ojos vistas. Hasta el médico estaba sorprendido, no podía explicarlo.

Precisamente la mañana en que lo senté por primera vez recargado sobre los almohadones sorprendí aquella mirada en los ojos de mi tío. Hacía un calor sofocante y lo había tenido que levantar casi en vilo. Cuando lo dejé acomodado me di cuenta: el viejo estaba mirando con una fijeza estrábica mi pecho jadeante, el rostro descompuesto y las manos temblonas inconscientemente tendidas hacia mí. Me retiré instintivamente, desviando la cabeza.

—Por favor, entrecierra los postigos, hace demasiado calor.

Su cuerpo casi muerto se calentaba.

—Ven aquí, Luisa. Siéntate a mi lado. Ven.

—Sí, tío —me senté encogida a los pies de la cama, sin mirarlo.

—No me llames tío, dime Polo, después de todo ahora somos más cercanos parientes—. Había un dejo burlón en el tono con que lo dijo.

—Sí, tío.

—Polo, Polo —su voz era otra vez dulce y tersa—. Tendrás que perdonarme muchas cosas; soy viejo y estoy enfermo, y un hombre así es como un niño.

—Sí.

—A ver, di “Sí, Polo”.

—Sí, Polo.

Aquel nombre pronunciado por mis labios me parecía una aberración, me producía una repugnancia invencible.

Y Polo mejoró, pero se tornó irritable y quisquilloso. Yo me daba cuenta de que luchaba por volver a ser el que había sido; pero no, el que resucitaba no era él mismo, era otro.

—Luisa, tráeme... Luisa, dame... Luisa, arréglame las almohadas... dame agua... acomódame esta pierna...

Me quería todo el día rodeándolo, alejándome, acercándome, tocándolo. Y aquella mirada fija y aquella cara descompuesta del primer día reaparecían cada vez con mayor frecuencia, se iban superponiendo a sus facciones como una máscara.

—Recoge el libro. Se me cayó debajo de la cama, de este lado.

Me arrodillé y metí la cabeza y casi todo el torso debajo de la cama, pero tenía que alargar lo más posible el brazo para alcanzarlo. Primero me pareció que había sido mi propio movimiento, o quizá el roce de la ropa, pero ya con el libro cogido y cuando me recomodaba para salir, me quedé inmóvil, anonadada por aquello que había sentido, esperado: el desencadenamiento, el grito, el trueno. Una rabia nunca sentida me estremeció cuando pude creer que era verdad aquello que estaba sucediendo, y que aprovechándose de mi asombro su mano temblona se hacía más segura y más pesada y se recreaba, se aventuraba ya sin freno palpando y recorriendo mis caderas; una mano descarnada que se pegaba a mi carne y la estrujaba con deleite, una mano muerta que buscaba impaciente el hueco entre mis piernas, una mano sola, sin cuerpo.

Me levanté lo más rápidamente que pude, con la cara ardiéndome de coraje y vergüenza: pero al enfrentarme a él me olvidé de mí y entré como un autómata en la pesadilla: se reía quedito, con su boca sin dientes. Y luego, poniéndose serio de golpe, con una frialdad que me dejó aterrada:

—¡Qué! ¿No eres mi mujer ante Dios y ante los hombres? Ven,

tengo frío, caliéntame la cama. Pero quítate el vestido, lo vas a arrugar.

Lo que siguió ya sé que es mi historia, mi vida, pero apenas lo puedo recordar como un sueño repugnante, no sé siquiera si muy corto o muy largo. Hubo una sola idea que me sostuvo durante los primeros tiempos: “Esto no puede continuar, no puede continuar.” Creí que Dios no podría permitir aquello, que lo impediría de alguna manera, Él, personalmente. Antes tan temida, ahora la muerte me parecía la única salvación. No la de Apolonio, no, él, era un demonio de la muerte, sino la mía, la justa y necesaria muerte para mi carne corrompida. Pero nada sucedió. Todo continuó suspendido en el tiempo, sin futuro posible. Entonces, una mañana, sin equipaje, me marché.

Resultó inútil. Tres días después me avisaron que mi marido se estaba muriendo y me llamaba. Fui a ver al confesor y le conté mi historia.

—Lo que lo hace vivir es la lujuria, el más horrible pecado. Eso no es la vida, padre, es la muerte, ¡déjelo morir!

—Moriría en la desesperación. No puede ser.

—¿Y yo?

—Comprendo, pero si no vas será un asesinato. Procura no dar ocasión, encomiéndate a la Virgen, y piensa que tus deberes...

Regresé. Y el pecado lo volvió a sacar de la tumba.

Luchando, luchando sin tregua, pude vencer al cabo de los años, vencer mi odio, y al final, muy al final, también vencí a la bestia: Apolonio murió tranquilo, dulce, él mismo.

Pero yo no pude volver a la que fui. Ahora la vileza y la malicia brillan en los ojos de los hombres que me miran y yo me siento ocasión de pecado para todos, peor que la más abyecta de las prostitutas. Sola, pecadora, consumida totalmente por la llama implacable que nos envuelve a todos los que, como hormigas, habitamos este verano cruel que no termina nunca.

